

La calle para el viernes 7 de octubre de 2011  
Diario de un espectador  
El salvador de Obregón  
Miguel ángel granados chapa

Tras la amenaza de Villa de fusilar a Obregón, y tras la valiente arenga de Pancho Serrano en sentido contrario –a que nos referimos ayer--, Villa se “sintió desconcertado:

--¡Claro que Villa es un hombre de honor! Yo quisiera estar en estos momentos, en lugar de aquí en mi casa, en el mero monte y ahí darme de balazos con el compañerito Obregón, probar nuestras fuerzas a lo macho. Pero lo que dice usted me conmueve, porque estamos en mi casa y eso me obliga a meditar en la decisión que acabo de tomar. O sea que, según usted, tomando en cuenta las reglas del honor, no se puede fusilar a alguien que está en su propia casa

--Por supuesto que no, contestó Serrano, dando un ligero golpe de nudillos sobre la mesa de madera mal pulida, poniendo a temblar una de las tazas de café, consciente de que jugaba con el carácter vitriólico e impredecible de Villa, y sobre todo con el destino de su jefe y amigo. Digo, si estamos hablando de hombres de honor”

Villa consultó con su hombre de confianza, Rodolfo Fierro, cruel partidario de las soluciones prontas y sencillas, quien opinó que bastaría salir de la casa para que la cuestión se resolviera.

“N esos momentos Obregón dio dos pasos hacia el frente y se encaró con Villa. Los reflejos dorados de sus ojos surgían vivaces y su altivez era completada por su porte erguido, los bigotes arriscados y los labios finos y a la vez duros. Vestía un uniforme blanco con botones de cobre y un kepí con una águila bordada sobre tejuelos negros

--Basta de burlas, general Villa. Si me va a fusilar, que se me fusile, pero cuanto antes, aquí o allá, es lo de menos pero sin detalles humillantes. Y he decirle que me hace usted un favor, pues desde que entregué mi vida a la Revolución, he creído que en su nombre sería para mi una fortuna perderla. Así se lo digo a mi hijo en esta carta que acabo de escribir al venir aquí y que, como última voluntad, le pido que le sea enviada.

Villa tomó la carta y empezó a leerla. Apenas si leería algunos párrafos, porque se la regresó a Obregón poniéndola sobre la mesa y, abruptamente, cambió de opinión, sin dar ninguna explicación. Ordenó que los dejaran libres, a él y a sus comprantes, y con un gesto altanero y soberbio, sin volverse a mirar a nadie, abandonó la pieza donde habían estado reunidos”

Ya en el tren de regreso, Obregón leyó la carta a su hijo. “Serrano y los capitanes Robinson y Villagrán hicieron grandes elogios tanto de la redacción de la carta y de las ideas que ahí se plasmaban, como de la actitud valiente y decidida de su jefe ante Villa. Qué admirable exigir que

lo fusilara pero que de ninguna manera lo humillara. No cabía duda, a partir de ahora, Villa sabría a qué clase de hombre se enfrentaba

Sin embargo, quizá por detalles como estos, años después, ya en plena lucha por la Presidencia de la República, es que Serrano se refirió a Obregón como 'un farsante'. Pero esa mudanza de su opinión estaba lejos. Antes de que quedaran enfrentados en 1927, cuando Obregón decidió ser de nuevo presidente y Serrano proclamó su antirreeleccionismo, Obregón lo hizo secretario de Guerra, a quien le disculpaba todas sus fallas y francachelas, pues Serrano era dado a la vida disipada. Como un día en que estaba en "apurado trance de amor" con una actriz española y no se dejaba encontrar por su jefe."!Ah qué Pancho, siempre con sus cosas", y le dio carpetazo al asunto"